



EL PADRE ISLA: LA EDUCACIÓN Y EL HUMOR EN FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ FERNÁNDEZ (*)
ISABEL CANTÓN MAYO (*)

RESUMEN. Este año 2003 se cumplen trescientos años del nacimiento del padre Isla en el pueblo leonés de Vidanes. En este artículo se quiere rendir un homenaje al jesuita ilustrado que hizo de su principal obra, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, una sátira burlesca de los sermones de la época y del poder, casi omnímodo de la educación como modeladora del ser humano. En este artículo se revisan los aspectos más destacados referidos a las distintas épocas de su educación, sus maestros y los resultados de tan nefastas enseñanzas. Un paralelismo de lo que supuso el Quijote con las novelas de caballería, quiso ser el fray Gerundio con los predicadores y educadores basados en la acumulación de datos más que en un aprendizaje integrado.

ABSTRACT. 2003 is the third centennial of the birth of Father Isla in the town of Vidanes in Leon. This article is meant to be a tribute to the illustrated Jesuit who in his main work, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes (The Story of the Famous Preacher Fra Gerundio de Campazas, a.k.a. Zotes)*, made a burlesque satire of the sermons of the day and of the overarching power of education in the formation of human beings. This article reviews the most prominent aspects referring to different periods of education. In the same spirit as *Don Quixote* and the novels of knight-errantry, Fra Gerundio chastised preachers and educators who based their teachings on the accumulation of data rather than on comprehensive learning.

José Francisco de Isla y Rojo (1703-1781) nació en un pueblecito de León llamado Vidanes. Sirvan estas líneas de homenaje en los trescientos años de su nacimiento. A los 16 años entró en la Compañía de Jesús, estudió en Villagarcía de Campos y en Salamanca. Fue profesor de teología y

filosofía en Medina del Campo, Segovia, Santiago, Pamplona, San Sebastián y Valladolid. La expulsión de los jesuitas en 1768 le llevó a Bolonia, donde murió en 1781.

El padre Isla tiene muchas y diversas obras, pero ninguna tan conocida como la

(*) Universidad de León.

Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, que apareció en febrero de 1758 a nombre de Francisco de Lobón y Salazar, cura párroco de San Pedro de Villagarcía de Campos. El éxito fue fulminante:

En menos de una hora de su publicación —escribe Isla a su cuñado— se vendieron trescientos que estaban encuadernados: los compradores se echaron como leones sobre cincuenta ejemplares en papel que vieron en la tienda: a las veinticuatro horas ya se habían despachado ochocientos; y empleados nueve librerías en trabajar día y noche, no podían dar abasto¹.

El éxito llegó a la Corte, donde los reyes se hicieron leer la obra por dos veces; los nobles gustaron de ella tanto como los aldeanos; Isla recibió felicitaciones de Feijoo; y el mismo Papa Benedicto XIV leyó el libro complacido.

Ese fue, digamos, el paréntesis. Antes hubo un tira y afloja. Isla tuvo que declinar en otro nombre la autoría de la novela para que la Compañía no se opusiera a su publicación. Y, curiosamente, aceptó poner su nombre bajo el título nada menos que:

¡Un Lobón! ¡Santos Cielos! ¡Un Lobón! [...]
¡Un Lobón que, en tres o cuatro sermones que predicó —y algunos de ellos de rumbo—, dejó muy atrás a todos los Gerundios pasados, presentes, futuros y posibles!

(p. 179)²

En cambio, el obispo de Palencia, dominico que temía que los dardos del padre Isla se dirigieran contra su Orden, negó la licencia para imprimir la novela en Villagarcía, por lo cual tuvo que salir en Madrid en la fecha ya indicada.

Tras el celebrado éxito del primer volumen se piensa en imprimir el segundo. Pero los «gerundianos» atacados en la obra pasan a la ofensiva y logran que la Inquisición prohíba en 1758 la impresión. El proceso dura dos años y acaba con un Decreto inquisitorial que condena la obra en mayo de 1760, para incluirla en el *Índice de Libros Prohibidos* en septiembre del mismo año. El manuscrito de la segunda parte se imprimió, cuajado de erratas y de forma clandestina, en 1768. El problema que presenta es de carácter textual: las correcciones se fueron acumulando y hoy es casi imposible restaurar el texto auténtico.

En nuestra época, la novela parece quedar lejos del interés de los lectores. Algunas aventuras han podido correr de boca en boca por su gracia manifiesta, pero mucho nos tememos que la lectura directa de la obra sea cosa de eruditos y curiosos. Los capítulos se suceden con escasa movilidad de los personajes; las páginas están repletas de reglas doctrinales para la buena predicación que hoy ejercen escaso atractivo. Sin embargo, el padre Isla se sentía fuerte para continuarla y pensaba en una tercera parte que empezaría tratando «del ridículo modo con que entendía fray Gerundio el mandato de casi todos los obispos de España» y terminaría «con la conversión de fray Gerundio al verdadero modo de predicar [...], de su muerte ejemplar precedida de una pública retratación de los disparates que había dicho en sus sermones». Como su lejano modelo cervantino, este «don Quijote de los predicadores» volvería a la cordura y moriría de forma ejemplar exhortando a sus frailes para que predicasen con «decoro, gravedad, juicio, nervio y celo» (pp. 938-939).

(1) Isla: *Cartas familiares*, n. 123, en Isla: *Obras escogidas*. Madrid, Atlas (BAE, XV), 1945, p. 469.

(2) Las cifras entre paréntesis remiten a las páginas del *Fray Gerundio de Campazas*; cito por la edición de J. Jurado. Madrid, Gredos, 1992.

Como es sabido, José Francisco de Isla construye un personaje ficticio, fray Gerundio de Campazas, predicador extravagante, con el fin de ridiculizar y corregir a los predicadores culterano-conceptistas de la época que desde el púlpito vertían toda clase de insensateces basándose en una erudición llena de citas latinas y de conceptos huecos, de atrevidos y estúpidos silogismos, de correspondencias absurdas, de equívocos y agudezas. También, en cierto modo, el tipo de educación retórica que se daba en determinadas instituciones religiosas, más preocupadas por la forma que por el fondo, más por la mera instrucción, que por una educación rigurosa.

¿Por qué Isla le dio a su héroe el nombre de Gerundio? Si le hacemos caso, para no agraviar a nadie en concreto, porque nadie llevara tal nombre. Pero en el nombre va incluida cierta caracterización negativa, ridiculizadora del héroe novelesco, algo que no se le escapa al canónigo Don Basilio, que va más allá en dicha ridiculización cuando, ante las memeces del predicador, le espete: «Ya no me parece el nombre de Gerundio tan propio y tan adecuado a los méritos del padre predicador como lo sería el de *Supino*» (576), que, como se sabe, además de ser una forma nominal del verbo en algunas lenguas indoeuropeas, tiene el significado común de «necio». No es nombre neutro, como se ve, pues es, además de singular —y en la línea de los Buscones, el Dómine Cabra y otros (Fernández Martín 1978, p. 41)— ridículo, cercano fónicamente a «Abundio» que en castellano es sinónimo de tonto en grado máximo: «Eres más tonto que Abundio». No fue el único nombre en que pensó la familia: no se le puso *Perote*, como a su padrino, Quijano de Perote, porque *Perote Zotes* no sonaba bien, siendo mejor *Perote de Campazas*, a semejanza de Amadís de Gaula, Oliveros de Castilla y otros héroes de la Caballería (como Quijote de la Mancha, cuya sombra planea

por aquí). En el «Prólogo con morrión», el padre Isla dice que Gerundio es «nombre ridículo, nombre bufón, nombre truhanesco» (69); y en otras ocasiones señala «lo bufón y estrafalario del nombre» (69), «la misma ridiculez del nombre y su misma inverosimilitud» (70), el «nombre fingido y [...] estrafalario» (71).

Antepone a su obra un «Prólogo con morrión», es decir, con armadura protectora o defensiva, en el que afirma: «Siendo, pues, el único fin de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo a esta parte» (137); y más adelante: «Esgrimo la pluma en este escrito, para ver si los puedo desterrar no sólo de España, sino de todo el mundo; porque, más o menos, en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores» (178). La finalidad didáctica del texto es clara, pero ¿cómo llevarla a cabo?, ¿cómo lograr desterrar a estos predicadores y sus sermones? Por medio de la parodia, la burla y la sátira. Escribe Isla: «Haz cuenta que, para burlarme y, al mismo tiempo, para corregir...» (138). *Corregir* es una palabra que reitera en el prólogo. Se trata, pues, de desterrar y corregir. Frente a las recriminaciones imaginarias del lector severo y avinagrado por tratar asunto tan grave como la predicación sagrada mezclando burlas y veras, lo serio y lo burlesco (152), el narrador dirá que muchos lo han intentado en tono serio sin lograrlo, por lo que, fiándose de Horacio, añade que «muchas veces, o las más, ha sido más poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas que el entonado y grave de convencerlas disonantes» (158); cuenta el padre Isla con los ejemplos eminentes de Molière y *Don Quijote*: «¿Por qué no podré esperar yo que sea tan dichosa la *Historia de fray Gerundio de Campazas* como lo fue la de *Don Quijote de la Mancha*, y más siendo la materia de orden tan superior y los inconvenientes, que se pretenden desterrar, de tanto mayor bulto, gravedad y peso?» (159). Parece que,

dado su objetivo, el padre Isla, a diferencia del *Quijote*, fracasó en su empeño, pues la obra «fue condenada y prohibida por la Inquisición, los que se sintieron aludidos «se desataron en un furor irracionalmente cruel» y los «chabacanos predicadores» y los «sermones truhanescos» —en palabras de Moratín— siguieron campando en los pulpitos españoles» (Martínez García, 1992, II, p. 96); otra es la opinión de Fernández Martín (1978, p. 38), el cual afirma que una inmensa carcajada a lo largo y ancho de toda España aturdió a los interesados, que fueron bautizados con el remoquete de «gerundios», y que hubo cambios y conversiones admirables entre los predicadores. El texto del *Fray Gerundio* presenta una doble faz de burlas y veras que reafirmó Don José Rada y Aguirre, capellán de honor de su Majestad, cura del Real Palacio y Académico de la Real Academia Española, en una de las cartas preliminares de la novela; en dicha carta manifiesta lo que la obra de Isla tiene de sátira, pero también de risa, hasta el punto de que «los mismos impugnados no han de poder contener la risa al verse con tanta gracia zaheridos».

Burlas y veras son la doble faz del *Fray Gerundio*, aunque la crítica se haya fijado únicamente en el segundo término, en una sola faz, mientras que el primero haya sido frecuentemente dejado de lado, aunque se reconozca, de pasada, el gusto del autor por la burla, el chiste y la travesura (Alborg, 1972, p. 278). Así, por ejemplo, José Caso González ve en la obra de Isla la crítica y la sátira de aspectos de la vida del momento,

sin añadir que tal sátira sea paródica y burlesca: sátira de «un tipo de oratoria sagrada que era un resto degenerado de la oratoria barroca que Paravicino había puesto de moda en el siglo anterior»; sátira de los «métodos de enseñanza y las materias de que se atiborra la excelente memoria de Gerundio»; sátira, además, «de los aristotélicos, de la filosofía moderna y del *Verdadero método de estudiar*, de Verney»; y, por fin, «sátira de la vida religiosa» (Caso González, 1983, pp. 297-299). Pero los procedimientos satíricos del *Fray Gerundio* tienden a la ridiculización y la burla, sin que esto nos lleve a negar —sería estúpido hacerlo— el carácter didáctico y moralizante de la obra que la crítica ha estudiado con mayor empeño. Empecemos analizando el asunto en lo que a mí me parece —y no sólo a mí (*vid.* Caso González, 1983, p. 298)— el tema más importante del *Fray Gerundio*: la educación³, la sátira de los métodos educativos, enfocados a través de la burla, si bien en este trabajo nos fijamos en el proceso educativo encaminado hacia la predicación, es decir, en cómo el niño y después el joven fray Gerundio es educado para el oficio de predicador, dando entrada así, entre burlas y veras, a una verdadera retórica de la predicación⁴.

LA EDUCACIÓN EN FRAY GERUNDIO

El tema de la educación puede considerarse el primero en importancia en la novela del padre Isla. Así opina también Caso

(3) «Novela de educación y ejemplos» la llama Rodríguez Cepeda (1995, p. 68) y J. Jurado (1992, p. 48), «obra crítico-didáctica».

(4) No vamos a entrar aquí en las diferentes opiniones en torno a la presencia o no de un tratado de retórica en el *Fray Gerundio*. Frente a la idea negativa de Sebold (1960, p. IV), los estudios de Martínez García (1982), Jurado (1992), Pilar Celma (1992) y Rosa María Aradra Sánchez (1999) dejan zanjado el asunto en sentido positivo. A este respecto es de gran interés el último estudio citado, que considera al *Fray Gerundio* como «uno de los textos más completos sobre oratoria sagrada publicados en el XVIII», y lo contextualiza como «la culminación de esa línea que hemos venido llamando de literaturización de las teorías retóricas y literarias en esa época» (Aradra Sánchez, 1999, p. 81).

González (1983, p. 298). En éste como en otros aspectos el padre Isla queda encuadrado en aquel siglo XVIII o Siglo de las Luces. La ilustración basada en *La Enciclopedia* trata muy de pasada el tema educativo, pero bien se puede deducir de ella que se persigue un saber de tipo acumulativo, por la suma de elementos aislados, sin conexión y sin una visión general de cada tema.

En España los temas de la educación —o mejor de la Instrucción— en la época a que nos referimos fueron tratados también por ilustres escritores como Feijoo, Sarmiento o Jovellanos, ya que se opina que una persona instruida será más útil a los demás y más feliz ella misma.

La empresa por excelencia del siglo XVIII fue una empresa crítica. La educación fue el concepto más discutido de cuantos la época examinó. La causa de esto residía en que en él venían a coincidir los tres grandes tópicos del tiempo: la ciencia, el progreso y el método... La educación se nos convierte entonces en una especie de encrucijada del pensamiento dieciochesco, que desembocará en ella por diversas vías.

(Galino, 1970, p. 235).

A la vista de los pésimos frutos que la educación consigue en el *Fray Gerundio*, no es extraño que los ilustrados de la época mostraran una preocupación especial. No faltan en la novela de Isla ejemplos de una educación huera que contraría las buenas intenciones de los educadores de la época. Así sucede con las exhibiciones que Gerundio hace sobre la correcta pronunciación de las vocales, según las ridículas reglas que le había enseñado el señor maestro. Pero su influencia va más allá y todos quieren imitarle pronunciando las letras conforme a la nueva instrucción:

Comenzó cada uno a representar su papel y a pronunciar su letra, levantando el grito a cuál más podía: hundíase el cuarto, atronábase la casa. Era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco a las puertas

de la calle. Al estruendo y a la algaraza de la casa de Antón Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba, o que había sucedido alguna desgracia: entran en la sala, prosiguen los gritos desacompañados, ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que había pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban a atacarlos, cuando sucedió una cosa nunca creída ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería y por poco no convirtió la música en respuestas. Como la buena de la Catanla abrió tanto la boca para pronunciar su *a*, y naturaleza liberal la había proveído de este órgano abundantísimamente, siendo mujer que de un bocado se engullía una pera de donguindo hasta el pezón, quiso su desgracia que se la desencajó la mandíbula inferior tan desacompañadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del esófago y de la traquiarteria, con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubría hasta los vasos linfáticos, donde excretaba la respiración. Cesaron las voces, asustáronse todos, hicieron mil diligencias para restituir la mandíbula a su lugar; pero todas sin fruto, hasta que el barbero le ocurrió cogerla de repente y darla un cachete tan furioso, que se la volvió a encajar en su sitio natural, bien que como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la función; y habiéndose instruido los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabía el niño Gerundio, y todos dijeron a su padre que le diese estudios, porque sin duda había de ser obispo (155-157).

Educar, aunque sea de forma satírica, ocupa una de las principales preocupaciones del padre Isla. Hablamos de un proceso educativo que aboca a unos estrambóticos y tristes resultados. Al hablar de fray Gerundio, el padre Isla expone su propia concepción pedagógica, propia de su entorno y de su época, aunque con el aspecto grotesco y jocoso que hemos visto anteriormente; se trata de caricaturizar los excesos educativos. El proceso educativo

comienza en la familia, prosigue en la escuela y, posteriormente, en el convento. En la familia empieza ya un singular y grotesco aprendizaje: el niño Gerundio «antes de dos años ya llamaba *pueca* a su madre con mucha gracia, y decía *no quiero cuerno* tan claramente como si fuera una persona» (208). Pero Gerundio aprende no sólo de sus padres, sino también del entorno y de los frailes que pasan por casa de Antón Zotes, padre del niño, de camino para predicar en tal o cual lugar; consecuencia: «Aún no sabía leer ni escribir y ya sabía predicar» (209). Un fraile lego que pasaba por allí le profetizó su futuro, «dijo que aquel niño había de ser fraile, gran letrado y estupendo predicador» (208), a lo que añade con ironía el padre Isla: «En cuanto a fraile, lo fue tanto como el que más; lo de gran letrado, si no se verificó en esto de tener muchas letras, a lo menos, en cuanto a ser gordas y abultadas las que tenía, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo más que desear» (209). El niño Gerundio oía a estos predicadores, los remedaba y aprendía de memoria «los mayores disparates que les oía» (209). Vista su pericia, todos —sus padres, el cura del lugar y el fraile predicador— convinieron en que el niño había de ser gran predicador y que, de inmediato, se le enviara a Villaornate —pueblo leonés cercano a Campazas— donde comenzaría el aprendizaje escolar con un maestro muy famoso que allí había.

El maestro de Villaornate era un cojo no lerdo, aunque sí extravagante, inventor de un nuevo sistema ortográfico que consistía en escribir con letra pequeña lo que se concebía como pequeño y con letra grande lo que se concebía como grande; así una Pierna de Vaca había de escribirse

con mayúscula, lo mismo que Monte. Lo contrario, decía, «no se puede tolerar y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí» (222). Gerundio era listo y aprendía cuanto se le enseñaba, pero:

Su desgracia fue que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaban mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular a todo lo ridículo, impertinente y extravagante que jamás hubo forma de quitársele. Y aunque muchas veces se encontró con sujetos hábiles, cuerdos y maduros que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo [...], nunca fue posible apearle de su capricho: tanta impresión habían hecho en su ánimo los primeros disparates. (p. 227)

El maestro de Villaornate dejó tal huella en el alma del muchacho que, siendo ya fraile acudirá a su autoridad y a la sabiduría adquirida por «todos los que tuvimos la dicha de estudiar con el famoso preceptor de Villaornate» (351). Superadas estas enseñanzas, lo mandan a estudiar con el dómine Zancas-Largas, hombre que mezclaba latín y castellano en sus conversaciones con ridícula pedantería y que disfrutaba de un gusto estrafalario en lo tocante a la latinidad, porque había leído a muchos autores, «pero pagábase de lo peor y, sobre todo, le caían más en gracia los que eran más retumbantes y más ininteligibles» (247); le gustaban los títulos altisonantes, suspiraba por las dedicatorias largas y grandilocuentes y abogaba por la antigüedad de las mismas. Expresaba unas reflexiones ridículas, tenía un estrafalario modo de pensar y se inclinaba siempre por lo peor, ganado por

(5) El maestro de Villaornate así como el Dómine Zancas-Largas eran preceptores o dómines, tomados de la realidad de otros muchos casos que se daban en la provincia de León. Un estudio de una de esas Preceptorías puede verse en Cantón Mayo y Prieto Sarro: *La Catedral de Latín de Lois*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 1999.

algún sonsonete ridículo, insulso y pueril (286). Y a tal maestro, tal discípulo, pues ocurría, además, que las enseñanzas de Zancas-Largas se acomodaban al gusto extravagante del propio Gerundio. Confirmando «la inclinación que desde niño había mostrado a predicar» (277), el dómine Zancas-Largas instó a Gerundio a ensayar la predicación de un sermón tomado de un sermonario que no viene al caso; Gerundio se dispuso a predicarlo «como si fuera precisamente el mismo predicador» (278), remediando la *actio* a que estaba inclinado de forma natural y que enraizaba las enseñanzas de su dómine:

Plantóse Gerundio con gentil donaire en medio del general, limpióse los mocos con la punta de la capa, hizo la cortesía con el sombrero a todos los condiscípulos y una reverencia con el pie derecho a modo de quien escarba, volvió a encasquetarse el sombrero, gargajeó y comenzó a predicar... (278)

Zancas-Largas se dio cuenta de que «sin duda había de tener mucho talento para predicar» (279). Este maestro no enseñaba a sus discípulos más que bagatelas e impertinencias. Así sucede con la retórica, en general, no como arte de persuadir, según el celebrado dómine, sino como «arte de hablar». Para Zancas-Largas «el perfecto retórico era aquél que le atacaba y le convencía con cuatro fruslerías» (281).

Las enseñanzas del dómine Zancas-Largas dejaron tal impronta en el muchacho que, pasados los años, hecho ya predicador orate, Gerundio acudirá oportunamente a las mismas. Hasta será capaz de replicar a fray Blas —su máximo modelo de predicador— en torno a la *invención* y a que «el buen orador ha de inventar lo que alaba»: «Hago alguna memoria de que, cuando el dómine Zancas Largas nos explicó esto de la invención, no la dio en el sentido que tú la das» (743); molesto, le replicó fray Blas: «¡Válgate el diantre por tu dómine Zancas Largas, que ya me tienes zanquilargueados los ijares!» (744). En

otra ocasión acudirá Gerundio también a las enseñanzas del dómine: «me acuerdo haber oído a mi amado dómine Zancas Largas...» (793). Discípulo aplicado, reflejó sus enseñanzas fielmente.

Gerundio acabará de fraile, movido por la cara divertida de la vida religiosa que le pinta un «lego de buen humor», frente a la severidad que le advierte un serio y grave provincial de cierta orden religiosa. En la vida de Gerundio habrá siempre dos tipos de personas: gentes ridículas y extravagantes, satirizadas por Isla, y las graves y serias; Gerundio se inclinará siempre por las enseñanzas de las primeras.

Profesó, hizo votos y fue a estudiar «las artes» —la filosofía— a otro convento en el que el lector, fray Toribio, con la cabeza llena de trivialidades inútiles enseñaba lo que para nada servía. En todo caso a Gerundio, que quería ser predicador, aquellas cosas abstrusas no le interesaban ni se aplicaba a estudiarlas, porque a fray Gerundio «el genio y la inclinación le llevaban hacia el púlpito que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más a propósito para conseguir nombre y aplauso» (314); y nada le importaba el estudio escolástico, absolutamente necesario para construir un sermón sin necedades y herejías. En sus ideas lo reafirmará fray Blas, predicador mayor del convento y famoso en todo el contorno. Fray Blas, el nuevo maestro y modelo de fray Gerundio, era un hombre presumido e ignorante que, con su ejemplo, causaba daños irreparables a los colegiales del convento.

Frente a la influencia de fray Blas lucha inútilmente un padre ex-provincial de buen juicio. Fray Gerundio acaba siendo predicador, como era su meta desde el principio. Se trata ahora de poner en práctica las enseñanzas de sus maestros, el de Villaornate y el dómine Zancas Largas, de fray Toribio y, sobre todo, de fray Blas, todos grandes orates. Ante el primer sermón que le encargan, como práctica, fray Gerundio ejercitará los ademanes inculcados

por el predicador mayor (415-416) y, preparado para el sermón en estado de excitación cercano a la locura, lo inició con una especie de trivialidad («No es de menos valor el color verde por no ser amarillo, que el azul por no ser encarnado», 420), para continuar después con citas latinas sin cuento y argumentos absurdos. Hubo risas, bulla y algazara, pero nada pudo enmendar a fray Gerundio, pues tenía muy arraigadas las estrafalarias enseñanzas recibidas. Se ordenó sacerdote, se convirtió en predicador sabatino y fray Blas se propuso hacer de él un discípulo que superara la fama del maestro. Frente a las prudentes reglas de predicación con que le instruye fray Prudencio, fray Gerundio aclamará a su fray Blas como «mi guía, mi ayo, mi maestro [...], mi padrino de púlpito» (483), pidiéndole otras «reglas claras, breves, perceptibles», a lo que accede el maestro, reglas a las que aludiremos líneas adelante; son reglas que fray Gerundio aseguró tener en cuenta, pues «no se apartaría un punto de sus consejos, de sus principios y de sus máximas» (499). Así pudo componer la famosa «plática de disciplinantes» que admiró al público y demostró que el discípulo había sobrepasado al maestro, por más que en la consideración de los padres graves fuera un conjunto «de locuras y de despropósitos» (551) y un «tejido de dislates» (555); pero vista la aceptación que tuvo entre los colegiales, consideró «chocho» al que podía ser su buen maestro, fray Prudencio, y «no sólo se confirmó en la estrafalaria idea de predicar que ya se había formado, sino que con el tiempo fue salpicando todas las más ridículas y más extravagantes» (569), sobre todo en el arte de «tocar las *circunstancias*» en el exordio del sermón (fecha, lugar nombres, etc.), relacionados con la fiesta en que se predicaba).

Sus maestros son ahora el imponderable fray Blas y el *Florilégio sacro* (1738) de fray Francisco Soto y Marne, donde encuentra los mejores modelos de sus estrafalarios sermones; conforme a tal maestro y tal modelo compone sermones disparatados

que dejan aturrullado a su mismísimo preceptor Zancas-Largas (599), como el que predicó en la fiesta de Campazas (619-631), que dejó pasmados a los lugareños. Fue otro personaje cuerdo —en esta ocasión el magistral de la catedral de León— el que le recriminó un sermón repleto de inconexiones, impertinencias, extravagancias, citas ridículas y osadamente aplicadas, conceptos superficiales, falsos y pueriles (669). Dicho magistral, tío de fray Gerundio, quiere darle nuevas enseñanzas y persuadirle a que estudie la dialéctica, la filosofía y la teología, pero fray Blas le encandila con la fama que ha alcanzado y su enseñanza es definitiva en relación con el magistral: «Calla, disimula, humíllate, muéstrate convencido, dale palabra de enmendarte, consúltale en todo lo que se ofreciere, pero tú haz aquello que se te antojare» (726). Con las enseñanzas previas de fray Blas predicó un estupendo sermón de honras fúnebres que el padre Isla no transcribe por entero por no hacer llorar de risa a los lectores (826), pero que dejó aturridos a los oyentes y exaltado al licenciado Frechilla, que exclamó casi en éxtasis admirativo:

— ¡Oh, gloria inmortal de Campos!, ¡Oh, afortunado Campazas!, ¡Oh, dichosísimos padres!, ¡Oh, monstruo del púlpito!, ¡Oh, confusión de predicadores!, ¡Oh, pozo!, ¡Oh, sima!, ¡Oh, abismo!, ¡Es un horror!, ¡Es un horror!, ¡Es un horror!, ¡Oh!, ¡Oh!, ¡Oh! (828)

De nada valieron los consejos de un abad benedictino que escuchó el sermón, pues la respuesta de fray Gerundio fue esta vez contundente: «¡Viva el *Florilégio* y muérase la peste!» (857), con lo que se confirma una vez más, y finalmente, que de tales maestros, tales discípulos, y de tales enseñanzas, tales frutos. Lo más triste del caso, es que se reconoce la viveza e inteligencia de Gerundio, y con ello la fuerte influencia de la educación a la que se atribuye una nefasta influencia en el alumno. Desde los primeros momentos en la familia se muestra a Gerundio dando bandazos entre

maestros cada cual más lerdo e ignorante, tanto de la pedagogía, como de la ciencia en general. Pero, aún haciendo recaer sobre los maestros la gran culpa de la estrambótica educación de fray Gerundio, se reconoce un poder casi onmímodo a la educación. Y es que en el caso de fray Gerundio no fracasó la educación, al revés, se asimiló al pie de la letra, cumpliendo sus objetivos; lo que ocurre es que éstos no eran los adecuados. Fray Gerundio llega a ser el predicador que predicen desde su más tierna infancia todos los que le rodean; pero la novela persigue, como sabemos, un objetivo altamente satírico, como más tarde hará Unamuno en su obra *Amor y Pedagogía*.

El carácter irónico y satírico de la novela se muestra en la presentación que Isla hace de los maestros: Zancas-Largas, el gran dómine preceptor de Gerundio, cuya figura se inspira, sin duda, en el *Sancho Zancas* del *Quijote* (cap. IX) retratado junto a su asno⁶; Domingo Ramos, mayordomo de la Cruz, que representa a Cristo en el domingo de Ramos (838); Eustaquio Cuchillada y Grande, que originó un sermón de honras que comenzó así: «¡Al maestro cuchillada, y grande!», «refrán y equívoco que desde luego captó, no sólo la admiración, sino el pasmo de todo el auditorio» (690); fray Prudencio, en cambio, es un hombre grave, «y le cuadraba bien el nombre; porque era hombre prudente, sabio, más que regularmente erudito, de genio muy apacible, aunque demasiado bondadoso» (364) y, para los «gerundianos», hombre anticuado, por lo que uno de ellos, el predicador mayor, le motejará de fray Borceguefús Marroqués, para ponderar, con este calzado también anticuado, sus «vejeces» (635). El padre Isla se coloca en la línea de Molière y de

Cervantes (87) y, desde luego, en la del Erasmo del *Elogio de la locura*, libro en el cual «dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo» (84), por más que el padre Isla difiera de él, que se burló de las religiones, «confundiendo inicua y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso y la vida ejemplar de millares de individuos con la menos ajustada de un puñado de defectuosos» (84).

En el gran poder de la educación sobre un alumno han visto algunos un cierto determinismo pedagógico y otros un cierto nivel de conductismo, aún antes de enunciarse como tal esta corriente. R. P. Sebold dice que el genio y la inclinación de Gerundio por el púlpito son ya el agregado de influencias sensibles y directas que determinan el carácter del individuo.

Además, Isla describe también algunas de las actividades de clase, mostrando a Gerundio como un alumno un poco calavera: en la escuela de Zancas-Largas, Gerundio hizo novillos, faltó a clase, «doce veces, según un autor, o trece según otros» (206); «se subió sobre una silla o taburete (que en esto hay variedad de leyendas y no están concordes los autores)» (334). Sobre asuntos tales es sobre los que el autor se muestra escrupuloso, de forma que si algo no aparece en la fuente histórica debe evitarse la conjetura o la sospecha (539). Son curiosas las menudencias de este tipo, pues —un rasgo irónico más— Isla dice que en su historia «nunca pueden hacerse lugar noticias que no sean de la mayor importancia» (565).

La ironía del escritor, la actitud burlesca, afecta satíricamente, sin duda, al exceso de erudición, a los escrupulillos tontos de los eruditos; pero no puede olvidarse el recuerdo del *Quijote*, y su función paralela. La ironía de Isla se refuerza

(6) «Junto a él (Rocinante) estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía: *Sancho Zancas*, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia» (*Quijote*, I, cap. IX).

en el capítulo final de la novela, pues el rigor fingido del historiador acaba en una verdadera farsa, puesto que los papeles de viejos manuscritos orientales que seguía, en la traducción hecha para él por un farsante, no son otra cosa que invenciones. Terrible evidencia para un historiador que afirma su sinceridad y la veracidad y exactitud de su historia (731)⁷.

Rousseau, en la misma época, buscaba al «hombre natural», mientras que el padre Isla pone el acento en el poder de la educación. Pero ambos coinciden en que la educación no mejora, sino que pervierte al individuo: en el caso del primero toda ella, cualquier tipo de educación desnaturaliza al hombre; en el caso del padre Isla, la que no es conveniente, sino estafalaria y burda. La fuerte sátira que se contiene contra los maestros puede resultar dolorosa para los educadores; pero contiene también una dosis de optimismo: su extraordinario poder. La deformación de fray Gerundio es obra directa de los maestros que tuvo, de su estilo estafalario y estrambótico que consigue lo mismo que hace en sus alumnos, contribuyendo fuertemente a lo que después se ha llamado educar con el ejemplo o modelización educativa.

No hay que olvidar su carácter ficcional, novelístico. La ficción, como hemos visto, «se subordina peligrosamente a intereses extratextuales» (Celma, 1992, p. 14). De tal subordinación arrancan muchos de los defectos atribuidos a una novela que ocupa, sin embargo, un lugar seguro e inequívoco en la historia de nuestra narrativa. No ocurre lo mismo en el campo educativo, donde aún falta un análisis riguroso y completo de esta ficción educativa que pretendía, como otros muchos escritores, antes y después del padre Isla, educar en el más amplio sentido de la palabra.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORG, J. L.: *Historia de la literatura española*. Tomo III. Siglo XVIII. Madrid, Gredos, 1972.
- ARADRA SÁNCHEZ, R. M.ª: «Las formas de la teoría literaria en el siglo XVIII. El *Fray Gerundio* como retórica novelada», en *Revista de Literatura*, LXI, 121 (1999), pp. 61-81.
- CANTÓN MAYO, I.; PRIETO SARRO, M.: *La Cátedra de Latín de Lois*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 1999.
- CASO GONZÁLEZ, J.: «El padre Isla», en *Ilustración y Neoclasicismo*, tomo IV de la *Historia y Crítica de la Literatura Española*. Barcelona, Crítica, 1983, pp. 295-303.
- CELMA, P.: «El tratamiento de la oratoria sagrada en la *Historia del famoso predicador Fray gerundio de Campazas*: retórica explícita y retórica implícita», en *Tropelías*, 3 (1992), pp. 13-32.
- FERNÁNDEZ MARTÍN, L.: «Introducción» a su ed. del *Fray Gerundio de Campazas*. Madrid, Editora Nacional, 1978, pp. 7-55.
- GALINO CARRILLO, M. A.: *Tres hombres y un problema: Feijoo, Sarmiento Jovellanos*. Madrid, Tecnos, 1970.
- JURADO, J.: «Introducción» a su ed. del *Fray Gerundio de Campazas*. Madrid, Gredos, 1992, pp. 7-69.
- MARTÍNEZ GARCÍA, F.: «El "Fray Gerundio" de Isla entre dos hitos de la oratoria sagrada española: la "Instrucción" de Terrones y la "Práctica" de Obregón», I, en *Tierras de León*, 46 (1982), pp. 79-104; II, *Tierras de León*, 47, pp. 61-98.
- RODRÍGUEZ CEPEDA, E.: «Introducción» a su ed. de *Fray Gerundio*. Madrid, Cátedra, 1995, pp. 13-125.
- SEBOLD, R. P.: «Introducción» a su ed. del *Fray Gerundio de Campazas*. Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos castellanos), 1960, vol. VII-XCVIII.

(7) Otra ironía más: a pesar de tal fidelidad a la historia, los anacronismos temporales son extraordinarios, pero no casuales, sino explotados con fines satíricos (Pol, 1979).